

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVI

Mayo de 1939

Núm. 167

Puntos de vista

Centenario de don Eduardo de la Barra

*A*UNQUE en forma poco ruidosa se ha celebrado el centenario del nacimiento de don Eduardo de la Barra, venido al mundo en Santiago en 1839. Una velada en la Universidad de Chile y algunos artículos de prensa completaron el homenaje rendido a la memoria de este poeta y polemista que agitó durante varios lustros, con su ardiente pluma, la vida intelectual de la capital.

No hay una obra única que lo acredite como un gran escritor orgánico. Don Eduardo de la Barra fué poeta y sus poesías tuvieron la fortuna de ser reproducidas y gustadas en casi todas partes de América; fué polemista—y quizá sea ésta su mayor reciedumbre—con un altivo señorío de sí mismo e igualmente con un profundo sentido de la libertad. Se batió denodadamente contra el obscurantismo conservador.

Famosas son en nuestra literatura panfletaria las páginas en que con elocuencia y erudición desusadas para el tiempo, arremetió contra las plumas conservadoras de Zorobabel Rodríguez y Rómulo Mandiola, en defensa de Bilbao.

Se había iniciado desde muy joven en el diario «La Voz de Chile». Y había dado ya muestras del ardor de su carácter, de la franqueza temeraria de sus arrestos de polemista. Parecía destinado a no tener paz en esta tarea ruda, pero brillante. Pero los urgentes afanes de la vida le llevaron, a su pesar, al ma-

gisterio y allí pareció descansar de la lucha a que se sentía arrastrado.

De la Barra había comenzado a figurar con los primeros ímpetus doctrinarios del libre examen y de la crítica acerada contra el conservantismo. La batalla se había iniciado casi junto con la emancipación y no era raro que el admirador de Lastarria se sintiera como obligado a continuar, subiendo el tono de la lucha, el camino que había señalado a la juventud el ardoroso autor de «Recuerdos Literarios». El título mismo de una de sus colecciones polémicas, «Bilbao ante la sacristía», muestra desde luego el carácter con que de la Barra respondió a las críticas igualmente violentas de los escritores conservadores.

Más tarde, en sus «Cartas sobre los Jesuítas», en «Saludables advertencias a los verdaderos católicos y al clero político», en la «Cuestión de los cementerios», y luego con el pseudónimo de Erasmo Gesuit, en sus acertados artículos erizados de ironías y terribles argumentos, al batirse contra el Obispo de la Concepción, don José Hipólito Cañas, renovó aquel primitivo ímpetu de polemista, saliendo a la defensa de la libertad de la ciencia y mostrando a la juventud del tiempo, el camino a seguir contra la prepotencia ultramontana, para la cual todos los hombres del liberalismo chileno estaban marcados con los signos del sectarismo y de la pasión.

En el período histórico que va de 1860 a 1890, la presencia de don Eduardo de la Barra está marcada por el frecuente alerta que sale de su pluma combativa y panfletaria. Tiene pausas y serenas enseñadas, en las cuales el brioso luchador se recoge para urdir en el silencio sus rimas románticas. El poeta le impele a abandonar toda sumisión al versátil destino político. El luchador parece convencido de que sólo bajo el miraje diáfano de la poesía es posible al hombre librarse de la angustia de vivir en eterno combate. Las pausas son breves. El caballero armado con todas las armas de la ironía, sale cada vez que la pasión se enciende, al medio de la arena y arremete con la vehemencia en él característica.

Una de sus últimas polémicas es la que libra contra el «embruajamiento alemán», vale decir contra la enseñanza de los maestros extranjeros que por ese tiempo han llegado a Chile para organizar la enseñanza pedagógica. Contra los alemanes, contra los sistemas pedagógicos de aquel país, encarnados en los hombres recién contratados, se yergue la figura del luchador. A pesar de la macicez de sus argumentaciones, a pesar de la línea cerrada que presenta a los enemigos que le responden en la misma forma, de la Barra no obtiene éxito. El sistema alemán termina por imponerse. ¿Fue un bien? ¿Fue un mal? ¿Tenía la razón Eduardo de la Barra o la tenían sus impugnadores? A pesar de la distancia que nos separa de aquellos años ruidosos, sólo los técnicos o los que hayan estudiado con minuciosidad los frutos y las consecuencias dentro de la organización pedagógica, podrán responder.

De la Barra fue un generoso amigo de Darío, cuando éste, pobre y lejos de su patria, se encontraba en Chile, en los años de 1887 y 88, si bien en el prólogo de «Azul», el poeta chileno no hizo claras distinciones entre la poesía renovadora de Rubén y el concepto que él tenía del «decadentismo». En defensa de Darío surgió a la palestra Manuel Rodríguez Meridoza, defensor del arte nuevo, y don Eduardo de la Barra respondió con extraordinaria violencia, al amigo del poeta nicaragüense. Pero en verdad, de la Barra no intentó desconocer la belleza de la obra de Darío.

Fue hombre generoso y jovial. De esto dan testimonio todos los que le conocieron. Laborioso infatigable, no se dió nunca paz, ni aun en medio de sus tareas de Rector del Liceo de Valparaíso. Trabajaba con el mismo entusiasmo y fervor de sus años juveniles y fueron varias las obras que publicó por entonces acerca de tópicos diversos: Aparte de sus composiciones poéticas, «Rimas» y «Nuevas rimas», publicó sus estudios sobre versificación castellana y sus libros, «Poesía subjetiva» y «Poesía objetiva». Rico en erudición abarcó muchos temas y esto dañó la unidad de su obra. El polemista, por lo demás, se había llevado gran parte de su energía, y las luchas que libró tanto en la prensa

como en la tribuna—fué, según todos, un orador de magnífica elocuencia y oportunidad—dificultaron en gran parte la labor a que sin duda hubiera podido dedicarse si no se hubiera sentido siempre atraído por la fulgurante atmósfera de la polémica que por aquellos años tenía en Chile no sólo ambiente sino decididos y ardientes cultivadores.